

se habían limitado á dar gritos. En cuanto á los treinta detenidos en Agosto, no eran fanáticos, ni siquiera verdaderamente aristócratas. Eran como los Niel el partido francés, realista constitucional á la manera de Mulot.

Los maquiavelos, que creyeron dar un gran golpe político, no supieron lo que se hacían, y tomaron medidas contraproducentes.

Por una parte, queriendo dar á la matanza apariencias de venganza popular, de una invasión casual, hicieron practicar un agujero en el muro de las prisiones á fin de que el portero y los carceleros pudieran decir que ellos no habían abierto las puertas. Fueron abiertas de par en par.

Por otra parte varios jefes fueron expresamente á dar la orden de la matanza. Uno de ellos, el mayor Peytavin, se presentó en el patio con el enviado del periodista Tournal y dijo á los que allí se hallaban reunidos: «En nombre de la ley hemos decidido ser franceses, lo somos; cumplid vuestro deber». Por su aspecto embrutecido demostraban que no habían entendido lo que se les quería decir, y el enviado del periodista, para explicarles mejor la cosa, les dijo al oído: «Es preciso matarlos á todos; si se salvara uno solo serviría de testigo.»

En el patio no había más que una veintena de hombres, todos del pueblo bajo de Avignon, un peluquero, un zapatero, un joven carpintero, un albañil, etc. Excepción hecha de algunos que habían servido en el ejército de Jourdan, los demás no habían tenido nunca un arma en sus manos. Algunos se encontraban allí por casualidad, en cierto modo, porque habían ayudado á conducir los prisioneros. Estaban muy mal armados; unos con barras de hierro, otros con sables y palos endurecidos por el fuego.

Para mover aquella tropa se necesitaban medidas extraordinarias, y se recurrió á una execrable. El cuñado de Duprat, el boticario Mende se presentó en el patio con licores preparados exprofeso. ¿De qué se componían aquellos horribles brebajes? No se sabe; los efectos fueron demasiado visibles. Conforme bebían se exaltaban y enfurecían, entregándose á la sangrienta faena. Hubo algunos, sin embargo, que á los primeros golpes que dieron desfallecieron y se sintieron malos. Bajaban otra vez al patio y el boticario les escanciaba una nueva dosis de embriaguez y de furor.

Nadie les condujo, les dirigió, ni les vigiló. Duprat, el alma de la empresa, no pareció por ninguna parte. Jourdan se encerró en su casa, con su enorme perro, del que jamás se separaba. Se embriagaba todas las noches y aquella noche bebió más que de ordinario. Quiso ignorarlo todo; únicamente, en medio de su embriaguez oyó (según dijo después), *algún ruido* en las prisiones.

La matanza entregada así al azar, á la inexperiencia de gentes tan mal armadas y que no sabían matar, fué infinitamente más cruel que si hubiera sido ejecutada por verdugos. No se verificó en un mis-

mo lugar. Los unos fueron muertos en la entrada misma de las prisiones, otros en uno de los patios, otros en una escalera. Las puertas estaban abiertas; acudían gentes de la ciudad, unos para reclamar á algún miembro de su familia, otros atraídos por los gritos y por una invencible curiosidad; pero no podían permanecer allí, les faltaba valor; varios, sin embargo, consiguieron que se les entregasen algunos prisioneros. Uno de aquellos hombres que iba para salvar á otro perdió la cabeza en cuanto vió la sangre y empezó, sin saber por qué, á matar con los demás.

No hubo orden de ninguna clase, todo fué dejado al capricho de aquellos brutos, á los que por una horrible embriaguez se les había hecho perder la razón. Algunos soldados de Jourdan intentaron hacer distinción entre las personas detenidas el mismo día y los prisioneros del 21 de Agosto, que por encontrarse encerrados desde aquella época no habían podido con seguridad tomar parte en la muerte de Lescuyer. No consiguieron nada; hombres y mujeres todos fueron confundidos. Si hubiera sido invadida primero la prisión de los hombres hubiera sido más fácil salvar á las mujeres, por hallarse cansados los verdugos. Desgraciadamente varias mujeres, por odios locales, por habladurías injuriosas, fueron objeto premeditado de la matanza.

A las nueve y media de la noche, cuando aun no habían matado más que á algunos hombres se encaminaron á la prisión de las mujeres; sacaron de allí á madama Crouzet, mujer de un boticario, y en el mismo patio en que el cuñado de Duprat, el boticario Mende, servía los licores, fué bárbaramente asesinada. Era una mujer muy joven, de las más bonitas de Avignon, muy habladora, muy apegada á la vida. Pidió compasión en términos conmovedores, dijo (lo cual estaba á la vista) que se hallaba en cinta, suplicó en nombre de su hijo; á pesar de lo cual fué herida, degollada, arrastrada después á una escalera oscura y entregada á la infame curiosidad de sus verdugos.

La joven costurera María Chabert, no menos bella, había inspirado á algunos el deseo de salvarla; nadie se atrevió á ello. Logró refugiarse al pie de una escalera oscura, donde se sentó envuelta y oculta por un gran pañuelo. Un hombre la señaló á otro que la reconoció, cayó sobre ella dándole sablazos y la mató.

Aun pereció otra más. Pero parece que aquellas muertes de mujeres, cruelmente patéticas, detenían los brazos y turbaban los corazones. No mataron más hasta la media noche. Los asesinos, á aquella hora, un poco menos ebrios, no estaban ya en disposición de matar; pero ellos mismos no sabían donde podían detenerse; desconfiaban los unos de los otros. Mainvielle les había dicho que si alguno quería detenerles era preciso hacer fuego sobre él. Entre ellos iba un niño borracho, de ferocidad singular, hijo de Lescuyer, de quince á diez y seis años. Hacía una terrible ostentación para vengar á su padre, dejando atrás á los más exaltados.

A la media noche, cuando vivían todavía casi todas las mujeres, varios verdugos buscaron á Duprat y á Jourdan. Se hallaban cenando con Mainvielle y Tournal el periodista en una fonda cercana, y comían tranquilamente el plato del país, la sopa con queso. Los asesinos entraron cubiertos de sangre, refiriendo á gritos sus hazañas; había uno que mostraba un fusil roto en dos pedazos á fuerza de golpear según decía sobre la cabeza de los prisioneros; uno decía: «¡Hay muchos muertos!» —Otro: «¡Los hemos despachado á todos!» —Otro: «¡No queda más que una mujer embarazada, la Ratapiole!...» En realidad quedaban todavía doce mujeres y dos hombres, los dos estimados y populares, el cura Nolhac y el mozo de cuerda Rey. El mayor Peytavin había pedido y obtenido de los asesinos la vida de Rey y la de Ratapiole, pero quería tener el consentimiento de los jefes y les envió á aquel hombre que no se atrevió á hablar de Rey, y únicamente habló de la mujer. Como Duprat no contestaba nada, Jourdan comprendió su deseo y dijo: «Hay que despacharla.» Siguió un momento de silencio. Otro se adelantó y se atrevió á decir: «Sin embargo, está embarazada.» —«Embarazada ó no, dijo Jourdan, es preciso que muera.»

Los asesinos se marcharon pero no mataron ni á Rey ni á Nolhac. Se pusieron á matar mujeres. Desde luego ejecutaron á tres al azar, una planchadora y dos obreras en sedería. Antes de que las matasen entregaban sus alhajas ó se les arrancaban y se las daban al carcelero. Una de las obreras opuso una resistencia desesperada: «Nadie, decían ellos, fué más duro para morir».

En seguida volvieron á entrar y llamaron á madama Niel que estaba ya advertida por los horribles gritos que acababa de oír. Se hallaba enferma acostada en su lecho. Uno de ellos le dijo con dureza: «Alzaos; todos vuestros enemigos han muerto, y vuestro hijo, lo mismo que todos los prisioneros; os ha llegado la vez... ¿Dónde están vuestras alhajas?» Se levantó, se vistió y se puso los pendientes y anillos. Reconoció entre sus verdugos á un joven carpintero llamado Belley y le suplicó que si quería salvarla le daría rentas á él y á los demás. A lo cual respondió Belley: «No quiero que me ahorquen por vos.» La hicieron bajar al patio y la golpearon: «Ve á buscar á tu abate Mulot.» —«Señor, misericordia, Dios mío», gritaba. Luego, de pronto, á la luz de las antorchas vió un cadáver: «¡Ah, mi querido hijo!» Era el cuerpo de su hijo. Fué muerta de una manera cruel.

La mayor parte de las mujeres eran arrojadas en el estertor de la agonía sobre la escalera de que ya he hablado. Los hombres, arrastrados por los pies, fueron precipitados, á medida que se les mataba, al fondo de la torre Trouillas. Algunos, heridos y destrozados por efecto de una caída desde sesenta pies de altura, aun llegaban vivos. A las cuatro fueron precipitadas nueve mujeres que al caer encima de los hombres los aplastaron en su caída.

Los gritos oídos durante la noche, los comentarios que se hicieron

sobre la terrible ejecución llevaron el estupor á todos los ánimos. Se comenzó á creer que los asesinos eran numerosos, puesto que á tanto se habían atrevido, y en efecto llegaron á ser muchos. Todos los soldados de Jourdan reaparecían en grupo. Una ceremonia lúgubre, el entierro de Lescuyer que se verificó al mediodía les dió ocasion de exhibirse en sus filas. Fué aquel un ejército entero que atravesó Avignon.

Se hizo recorrer al cortejo una gran parte de la ciudad. A pesar del estado repugnante en que se hallaba el cadáver, que no era más que una masa informe ensangrentada, se le enterró con la cara descubierta. El abate Savournin caminaba junto al cadáver, retorciéndose y haciendo contorsiones, llorando y gritando venganza. Mainvielle estaba espantoso; su dolor melodramático parecía mendigar sangre. Cada vez que se detenía el fúnebre cortejo, alzaba la cabeza del cadáver para enseñar sus labios bárbaramente cortados y entre sollozos volvía á dejarla caer.

Aquella terrible fiesta de la muerte, en la que figuraban aseados y bien vestidos de negro los ejecutores de la noche última, parecía prometer otra. La ciudad se hallaba en un estado de gran postración, de horror y de miedo; todo el mundo se decía: «¿Me llegará mi turno?» Renació en parte la calma y se creyeron felices las gentes cuando se supo que la nueva matanza se limitaba á las cuatro personas que vivían aun en las prisiones. Eran dos hombres y dos mujeres; uno el abate Nolhac, sacerdote estimado, caritativo en cuya casa habían depositado dinero muchas personas; y esto es quizá lo que le perdió. El otro era Rey, el mozo de cordel, uno de los que habían contribuido al movimiento en contra del papa, hombre de una fuerza y una agilidad extraordinarias; solo y sin armas luchó contra seis hombres armados, se apagó la luz durante la lucha y los asesinos estuvieron á punto de matarse. Logró escapar Rey, se refugió en la portería, en donde de nuevo comenzó la lucha, hasta que al fin le abrieron el vientre de un sablazo. Le llevaron entre cuatro y fué arrojado vivo al fondo de la torre; tres cuartos de hora después, aun llamaba por sus nombres á sus asesinos y les rogaba que por caridad le rematasen de una pedrada ó de un tiro. Dos mujeres quedaban solamente, la Aubert ó madama Anbert, y la Ratapiole. La primera, mujer de un carpintero, había tenido en su casa de aprendiz á uno de los asesinos, al joven Belley, á quien desde los primeros momentos había suplicado que la salvara. La cosa era muy difícil. La Aubert era hermana de un albañil del partido papista que se había singularizado y comprometido en Junio y á quien el partido francés había condenado á muerte. Belley se golpeó la frente con la mano y la cabeza contra las paredes, y dijo: «¿He salvado á vuestro marido, pero que haré para salvaros?—Ocultaos aquí (la llevó al fondo de la prisión y detrás de los bancos). Si pasais esta noche os salvaréis». Pasó aquella primera noche, pero en la del lunes se hallaba aun en mayor peligro.

La otra mujer, la Ratapiole, al contrario que la Aubert, se manifestó muy ardiente por la Revolución; se había agitado y hablado mucho. El 16 de Junio fué presa al azar, en aquella ciega razzia y no era otro su delito, según ella, que haberse burlado de madama Mainvielle.

No atreviéndose á librar á las dos mujeres y queriendo á toda costa salvar á la aristócrata, Belley sentía deseos de ahogar á la patriota.

A la media noche, seguido de otros dos asesinos de los más feroces, entró en la prisión y dijo á la Ratapiole que el hermano de M. Duprat había llegado á París, que estaba en casa del general Jourdan, que era preciso hablarle y que sería absuelta dando algunas excusas. La Ratapiole se echó á llorar y dijo que estaba en cinta, que tuviese piedad de su hijo. Insistían para llevarla, pero tenía con ella una niña de nueve años, que cuando el domingo la sacaron de su casa se colgó de sus faldas y no hubo medio de desasirla; fué preciso arrastrarlas juntas. La niña, aun en tal situación, se cogió del cuello de su madre para impedirle andar. Después saltó sobre Belley y lo besó; él la rechazó, arrojándola á diez pasos. Volvió ella de un salto y le rodeó los brazos al cuello. «¡Quiero que salves á mamá!» El sintióse conmovido. Los otros también se enternecían. Belley, dijo candorosamente: «¿y qué le voy á decir yo á Mainvielle que tanto me había recomendado que os matase? No tendremos más remedio que mentir diciéndole que habéis sido esterminada como los otros.» Y efectivamente, aquellas dos mujeres y un hermano converso, anciano de noventa años, que se volvió á encontrar allí, fueron salvados. Jourdan puso centinelas á la puerta de las prisiones para que no pudiese subir nadie.

Sin embargo un insoportable hedor empezaba á salir de las profundidades de la Glaciere, indicando bien claramente la rápida descomposición de los tristes restos. Tal vez solo una víctima respiraba, el mozo de cordel Rey que tanta resistencia opuso á la muerte.

Jourdan el martes 18, sin averiguar quién estaba muerto ó vivo, hizo arrojar por el agujero del fondo de la torre algunas espuelas de cal viva sobre aquella montaña de carne humana.

En vano fué lanzar torrentes de agua por doquiera para lavar las huellas; jamás se pudo conseguir que desapareciese el horrible rastro de sangre que todavía marca las aristas del muro interior de la torre; cada cuerpo lanzado por el agujero había chocado allí y dejado su huella, su reclamación eterna. La sangre ha quedado como testigo.

Y casi al lado queda también en aquel lúgubre palacio la huella de otros crímenes más antiguos que el ciego furor revolucionario creyó vengar por medio de este nuevo crimen: tal es la negra y repugnante grasa de la hoguera piramidal que la inquisición alimentó durante mucho tiempo con carne humana.

¿Por qué me he detenido tanto en esta lamentable historia, á pesar

	Páginas
.....	504
.....	521
.....	539
.....	549
.....	561
.....	573
.....	591
.....	601
.....	607
.....	617

## INDICE

### DEL TOMO PRIMERO

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.....	V
----------------------------	---

### INTRODUCCIÓN

	Págs
PRIMERA PARTE.—De la Religión de la Edad Media.....	19
SEGUNDA PARTE.—De la antigua Monarquía.....	19

### LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO.—Elecciones de 1789.....	6
CAPITULO II.—Apertura de los Estados Generales.....	6
CAPITULO III.—Asamblea Nacional.....	6
CAPITULO IV.—Juramento del Juego de Pelota.....	6
CAPITULO V.—Movimiento de París.....	1
CAPITULO VI.—Insurrección de París.....	1
CAPITULO VII.—Toma de la Bastilla, 14 de Julio de 1789.....	1

### LIBRO SEGUNDO

CAPITULO PRIMERO.—La Paz falsa.....	1
CAPITULO II.—Enjuiciamientos populares.....	1
CAPITULO III.—La Francia armada.....	1